

Ocho años de La Serna en el Perú (De la "Venganza" a la "Ernestine")

ALBERTO WAGNER DE REYNA
Universidad de San Marcos. Lima

El 10 de mayo de 1816 se hacía a la vela en el puerto de Cádiz la fragata de guerra de S.M.C. «Venganza», con rumbo a la costa occidental de América del Sur. La mandaba el capitán de Navío don Tomás Blanco Cabrera, y llevaba a su bordo —aparte alguna tropa— un grupo de oficiales entre los cuales algunos habrían de desempeñar papel de primera línea en la guerra por la independencia de los reinos hispanos del Nuevo Mundo.

Para comprender mejor la significación histórica de los viajes y de su actuación en el Perú es útil recordar, brevemente, las condiciones políticas que marcaban ese año.

DE DÓNDE VIENEN Y A DÓNDE VAN

Vuelto don Fernando VII a España, en marzo de 1814, puesta de lado la Constitución de 1812, restaurado el poder absoluto y sometidos liberales y afrancesados, tanto civiles como militares, a venganzas, destierros y postergaciones, muchos de estos últimos, no sintiéndose seguros en la península, buscaron su traslado a América, donde la situación bélica les ofrecía refugio contra intrigas metropolitanas, nuevos campos de acción profesionales y oportunidades de rápidas promociones en la carrera de las armas. De este modo venían destinados a América buen número

ro de adictos a las ideas constitucionales frente a uno más reducido de absolutistas, para quienes hubiera sido fácil, y quizá más agradable, permanecer en España.

No es posible decir sin matices y recaudos hasta qué punto coincidían liberales peninsulares y americanos. De un lado, había —es cierto— una ideología común, inspirada en la Ilustración; buena parte de unos y otros estaban afiliados a logías masónicas. De otro lado, no se puede olvidar, empero, que se enfrentaban en la contienda armada y que resulta oscuro saber hasta dónde existía entendimientos entre ellos. En este contexto ha de tenerse presente que no sólo europeos militaban por el rey sino que muchos criollos eran fieles vasallos y partidarios suyos, y que, viceversa, no faltaban entre los peninsulares adversarios del régimen imperante o de la continuación de la dependencia política de los dominios indianos, de los cuales algunos se pronunciaron abiertamente por la Patria y tomaron armas por ella¹. El cuadro era, pues, muy complejo y las líneas de las ideologías, fidelidades, procedencias geográficas y afinidades étnicas se entrecruzaban en estrecha maraña.

En cuanto a las logias era dudosa la ortodoxia masónica y legitimidad ritual de varias de ellas, así como su vinculación de un bando al otro de los beligerantes, o la obediencia a los grandes centros de poder de la Orden, es decir, los Grandes Orientes en el Viejo Mundo. Aquí también el abanico de casos concretos se abre y es aventurado cualquier apreciación general.

Se puede decir que la Constitución de Cádiz de 1812, bandera del liberalismo peninsular, carecía de atractivo y gozaba de pocos adeptos en Ultramar, pues la intervención de los criollos en las Cortes que las redactaron parecía insuficiente. Si comulgaban con los principios de ese documento, preferían —en la mayoría de casos— un gobierno independiente; si no, es decir, si se inclinaban —la mayoría en el Perú— por un conservadurismo abso-tista o moderado, buscaban una autonomía dentro de la monarquía, si posible borbónica.

La fragata iba en demanda de este Nuevo Mundo, específicamente de América del Sur. ¿Qué panorama presentaba la región? Parecía que el ejército expedicionario a las órdenes de Morillo

¹ En Ayacucho, los generales Cerdeña, Pardo, Benavídes y Cela y los coroneles Plasencia, Ximenes y Tur.

estaba a punto de terminar la «pacificación» de Venezuela y Nueva Granada. Moxó quedaba en Caracas de capitán general, y el jefe de la expedición entraba triunfalmente en Cartagena —cuyo nombre tomaría el condado con que pronto sería agraciado—, Bogotá y otras ciudades de ese reino. Sin embargo, este cuadro tan favorable a la causa del rey era ligeramente turbado por el desembarco del «insurgente Bolívar» en mayo de 1816 en las costas caribeñas de Venezuela.

En Buenos Ayres y su territorio estaba bien asentado el régimen patriota, y el Congreso de Tucumán había declarado la independencia argentina. San Martín, en Mendoza, tenía a mediados de ese año preparado un ejército de 4.000 hombres para invadir Chile, donde, restaurada la autoridad real, gobernaba el poco competente capitán general Marcó del Pont.

En el Alto Perú, el general Joaquín de la Pezuela y Sánchez —que servía en estas tierras desde 1804—, había triunfado sobre los rebeldes, aunque después de su partida su sucesor en la jefatura del ejército, don Juan Ramírez, habría de esforzarse en tener a raya al caudillo Padilla, que amagaba Chuquisaca con sus hombres.

Y en Lima, el 7 de julio de 1816, entraba por la vía de Lurín, viniendo del Altiplano el citado general Pezuela, nombrado virrey y capitán general, y en Maravillas recibía, enviado por su predecesor don Fernando de Abascal, marqués de la Concordia —que por enfermo se excusó de salir al campo—, el bastón de mando, insignia visible, con la banda encarnada, de vicesoberano en el Perú.

LOS VIAJEROS

En la fragata viajaban el mariscal de campo don José de la Serna e Hinojosa, nombrado general en jefe del ejército del Alto Perú, acompañado de un nutrido grupo de oficiales, entre los cuales cabe destacar a Jerónimo Valdés, Antonio Seoane, Fulgencio Toro y Valentín Ferraz. Iba también en el buque un rioplatense, profesional de mérito, hombre de mundo y de ideas liberales, Tomás de Iriarte, que había de escribir memorias y relatarnos sin recato lo que veía y pensaba². De creer su testi-

² *Memorias del general Iriarte (Tomás de)*, selección y comentarios por Enrique de Gandía, Buenos Aires, 1962, tomo I.

monio, nos podemos formar una imagen de la vida a bordo durante los cinco meses que duró el viaje.

De la Serna es considerado por nuestro observador como un buen soldado, estimable, sin experiencia en el mando y poco conocido, que debía su alto cargo a la amistad del entonces omnipotente general Abadía.

Valdés, arrogante, grosero, sin educación de familia, desde el comienzo se impuso al general, que hacía todo lo que él quería. Tanto él como Seoane habían sido postergados en sus ascensos, y con Bernardo de la Torre —teniente coronel de caballería— y Ferraz, llevaban un plan que habrían de desenvolver en el Perú. Toro —hombre devoto— no era afecto al círculo de Valdés, pero sostenía buenas relaciones con el mismo, por consideración a De la Serna, al cual servía de ayudante. Estos cuatro, por pertenecer al partido constitucional, no se sentían seguros en España y la «abandonaban no sólo para buscar un asilo en América, sino para ensanchar la esfera de sus proyectos de elevación». El «jefe de partido» era, evidentemente, Valdés.

Cuenta Iriarte —que también era del gremio— que entre liberales y serviles (como se llamaban los absolutistas) se entablaron violentas discusiones, que llevaron a disputas tan agrias que los oficiales convinieron no hablar más de política en la cámara. Pero el día de San Fernando, uno de los «serviles», Ramón de Pazos —que iba de contador de azogues a Huancaavelica—, propuso un brindis al rey, que no fue acompañado por la mayoría de los opositores al monarca, y el altercado llevó a la separación de las mesas a la hora de comer, y así quedó «declarada la guerra» entre ambos bandos, siendo el liberal más pugnaz, brillante y numeroso.

Este grupo constituyó después una asociación de nueve correccionarios, a la que se puso el nombre de «Logia Central de la Paz Americana del Sur» e inició con los debidos ritos a sus miembros. Su objeto era dirigir los negocios públicos a través de los militares de prestigio y filiación liberal, en correspondencia con otra en Cádiz que reclutaba sus adeptos entre quienes partían a Indias. No es de extrañarse que fuera elegido venerable de ella don Jerónimo Valdés.

Tras la larga navegación por el Atlántico y el estrecho, llegó la «Venganza» con toda facilidad a Arica el 7 de setiembre de 1816. Desembarcó allí De la Serna y, desdeñando una visita a

Lima a saludar al virrey —que era el victorioso y experimentado gran capitán del Alto Perú—, se limitó a pasarle un simple oficio imponiéndolo de su arribo y de sus planes. No eran éstos modestos, pues entre otras cosas decía el recién llegado: «creo podría lisonjearme el asegurar a VE formaría un Cuerpo de Ejército capaz de entrar con él a Buenos Aires para el mes de mayo del próximo año, siempre que circunstancias políticas y topográficas lo permitan» (12 de septiembre de 1816).

La relación entre el virrey y el jefe militar del altiplano se habrían de hacer cada vez más tensas, por la diversidad de caracteres, la desobediencia y arrogancia de De la Serna y por otras razones que merecen capítulo aparte.

LOS NUEVOS CONQUISTADORES

Con el restablecimiento de la autoridad real en España, se había planteado al gobierno la necesidad de someter en América a las colonias disidentes. Primero se pensó en una expedición dirigida hacia el Río de la Plata, pero después fue desviada a Venezuela. Llegó ella, fuerte en 15.000 hombres, y a órdenes del general Pablo Morillo, en abril de 1815 a Carúpano y —como hemos visto— avanzó victoriosamente hacia Nueva Granada. Contingentes más modestos se encaminaron hacia otras latitudes, como el Batallón de Gerona que, salido de Cádiz en diciembre de ese mismo año, llegó, por la vía de Panamá, al Perú en septiembre de 1816, y, desde luego, jefes y oficiales que venían de reemplazos o refuerzos, como los viajeros de la «Venganza».

En estos últimos predominaban tres características: en primer lugar traían —por lo general— experiencia de las guerras contra Napoleón; estaban imbuidos del arte bélico del gran corso (formaciones ordenadas, batallas campales), se creían estrategas de alta ciencia y desdeñaban, por antañones y rutinarios, a sus colegas de Indias, cuya hoja de servicios y hazañas se referían al nuevo continente.

Consecuencia de ello era el segundo rasgo, muy difundido entre los recién llegados: su desdén por los criollos y naturales de América, más aún su oposición a ellos, pues desconfiaban de su lealtad y despreciaban su competencia militar.

Los nuevos argonautas tenían muy presente que no llegaban a ultramar a vegetar en guarniciones ni a desempeñar funciones ordinarias en apartadas provincias de la monarquía: venían a luchar con insurrectos. Venían a hacer la América, a cubrirse de gloria en la reconquista de un continente. De allí su carácter de conquistadores, de militares de un ejército de ocupación y punición de enemigos. Pero a fuer de liberales e ilustrados, revestían en momentos oportunos esta actitud con manifestaciones de respeto por el «ciudadano» y esclarecida civilidad. Un buen ejemplo del primer aspecto es la conducta de Rafael Maroto, comandante del regimiento «Talavera», de quien Iriarte cuenta tantos desmanes y arbitrariedades³, y de cuyo temple tendremos aún ocasión de hablar; el otro aspecto se muestra en diversas disposiciones tomadas por De la Serna al asumir el mando en el Alto Perú, unas de clemencia y otras inaplicables en ese medio.

Como la anterior generación de militares peninsulares en el Perú —Pezuela, Ramírez, Olañeta— unía a la comprensión, solidaridad y simpatía por los criollos, severidad castrense y dureza en el castigo de la infidelidad a la Corona, la nueva —lo que el virrey llama «el partido de oficiales europeos que (De la Serna) trajo consigo»— dividió, con su actitud opuesta en ambos extremos, al campo realista en dos. Los recién llegados, en su soberbia, y en el deseo de mostrar su superioridad cívica y progresista, sin por ello dejar las arbitrariedades, en su ansia de dominio ¿cómo no habrían de chocar con los criollos, que se consideraban también españoles y —pese a las postergaciones— adictos al rey?

«Son lo samericanos en los que se debe confiar en primer lugar, pues éstos son los que han practicado en América los más grandes sacrificios a costa de sus intereses y vidas», dice Lacomme⁴, y añade: de los 20.000 hombres del ejército real sólo 1.200 son europeos. En cambio, entre los nuevos conquistadores no era difícil encontrar signos de deslealtad, y así advierte Pezuela: «lo que se habla de su conducta consternaba a los hombres de bien y les hacía recelar que fuese alguna trama de los

³ Iriarte, *ob. cit.*, p. 169.

⁴ Conde de Torata, *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, 1894, tomo III, 2.ª parte, p. 111.

insurgentes»⁵. Iriarte, por su lado, afirma —refiriéndose a la logia de militares españoles de que él mismo formaba parte— que «tenía motivos para esperar que en último resultado nuestros trabajos podrían contribuir algún día a reforzar la causa americana». En este contexto encuadran las disposiciones de Valdés y De la Serna para facilitar que Iriarte se pasara a los patriotas el 8 de febrero de 1818, y la indignación de Pezuela al saberlo⁶.

Esto nos lleva a un tercer punto: la oposición entre masones y «fanáticos». La pertenencia de De la Serna (que según Gandía se inició en el Perú en los más altos grados), de Morillo (procesado por francmasón ante el Santo Oficio de Caracas)^{6a}, Carratalá y otros venidos en aquella época de España a las logias, colocaba a todo un sector castrense en oposición a Pezuela y los suyos, entre los cuales algunos —como Olañeta— hicieron de la religión bandera para combatir a los liberales.

La anécdota de sainete que cuenta Iriarte sobre el descubrimiento de la logia fundada en la «Venganza» por el vicario del ejército del Alto Perú, Mariano Torre y Vera, se halla comprobada en el diario del virrey⁷, quien no ignora de dónde venía la insubordinación y cuál era la fuerza en la cual De la Serna apoyaba sus argumentos. En sus apuntes del 14 de noviembre de 1820 habla Pezuela de un «poder oculto»⁹. Pero el conde de Torata, que exalta la piedad y ortodoxia cristiana de su padre, el general Valdés, y que no conoce las memorias de Iriarte, reduce la cuestión a unas simples maniobras de insurgentes y niega toda relación de aquél con la masonería y aun la existencia de un «partido constitucional» entre los oficiales del rey. Es interesante anotar que la opinión del inquisidor que conoció del asunto coincide con Pezuela, y que Bulnes y —últimamente— Luis León P. han insistido en la importancia de la Orden en el ejército español en América.

⁵ *Manifiesto... en Colección documental de la Independencia del Perú*, tomo XXVI, vol. 3, Lima, 1972, p. 340.

⁶ *Memoria*, por Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1947, Cuad. 1, fol. 263.

^{6a} Manuel Pérez Villa, *Vida de don Daniel Florencio O'Leary*, Caracas, 1957, p. 95.

⁷ *Ibid.*, Cuad. 1, fol. 212.

⁸ *Ibid.*, Cuad. 3, fol. 226.

UNA MALLA DE INTERROGACIONES

La deposición de Pezuela (enero de 1821) ha de verse con este telón de fondo. No hemos de presentar aquí la conocida polémica entre los principales actores de este verdadero golpe de Estado, que llena gruesos volúmenes —Pezuela, De la Serna, Valdés, García Camba—, ni sopesar las argumentaciones de los interesados. Empezaremos un camino inusitado, que estriba en formular algunas preguntas para ver hasta dónde es posible contestarlas, y «ubicar» así los sucesos de Aznapuquio en su cabal perspectiva.

Aunque García Camba⁸² expresamente dice que no pone en duda la lealtad de Pezuela frente al soberano de España, sin embargo sostienen sus detractores que el virrey era «siniestramente aconsejado» y que favorecía una camarilla de americanos que se hacían culpables —como La Mar y Berindoaga— de encaminar informaciones y desertores al campo enemigo, a lo cual se añadía su inacción, por la cual había perdido la oportunidad de batir, poco después de su desembarco, al ejército de San Martín. De la Serna le hace específicamente el grave reproche de no haber querido evacuar la capital, en la que —dice— «hubiésemos sin remedio sucumbido todos y dejó el Perú de ser parte de la monarquía», operación que realizó el nuevo virrey poco después. Si se tiene en cuenta que Pezuela tomó la iniciativa de las conversaciones de Miraflores (24-30 de septiembre de 1820), que acogiera con cierta cordialidad a los emisarios del general patriota en su casa de campo de la Magdalena y que tuviera con él —cuando ya depuesto partía del Perú— una breve entrevista en un buque inglés, no parecería descabellada la pregunta: ¿Habría algún entendimiento entre los militares españoles aclimatados en el Perú y sus colegas criollos —de un lado— y los insurrectos «moderados» —del otro—? Se podría aducir para justificar tal sospecha la idea surgida en esas conversaciones —y benévolamente aceptada por ambos bandos— de una provisional pero nítida separación de las fuerzas de uno y otro, recogidas a sus zonas de influencia, mientras se constituía en España una diputación conjunta para buscar una solución (que

⁸² Andrés García Camba, *Memoria para la Historia de las Armas Españolas en el Perú*, Madrid, 1848, tomo I, pp. 371 y ss.

no podía ser otra que la autonomía), la intención de capitular que De la Serna atribuye a Pezuela (y que no está documentada) y el deseo —ése sí expresado por él— de «hacer la paz y acabar con las calamidades de la guerra».

En ello coincidía con los habitantes de Lima, cuyo Ayuntamiento, en diciembre de 1820, lo instó a que llegara a un acuerdo con San Martín, que librara a la ciudad de los dolores y expropiaciones que temían, y que se produjeron después copiosamente. Este último dato nos da una clave: Pezuela y los suyos veían el virreinato rico y floreciente, algo que amaban y por lo cual se sentían responsables, mientras que los oficiales del grupo de la «Venganza» lo consideraban campo de batalla, al cual no son ajenos abusos y exacciones. ¿Cuál no sería la opinión que de ellos tendría el viejo vicesoberano cuando en 1825 escribía: «Estos revolucionarios fueron al Perú a dar más cuidado al virrey que los mismos enemigos, en vez de auxiliarnos»...?

Pero esto nos lleva a otra pregunta: Si la política de Pezuela, de comprensión por la situación creada y segura del respaldo de una ciudad que anhelaba paz y autonomía, pero que era en su gran mayoría adicta al rey, no hubiera sido substituida violentamente —como lo fue— por el golpe de Estado a favor de De la Serna, que significó prepotencia y falta de consideración frente a los criollos ¿no habría quedado en las filas realistas muchos de éstos que se pasaron a la Patria? Recordemos que en la correspondencia de La Mar con De la Serna, después que aquél entregara los castillos del Callao a San Martín, el citado general reitera su lealtad al monarca (y era La Mar ajeno a toda doblez) y acusa directamente al nuevo virrey de haberlo empujado, con sus procedimientos, a cambiar de bando. Pensemos en lo poco firmes que eran las convicciones en esta materia de los muchos que cruzaron de un lado al otro de la barricada, acomodándose a los vaivenes bélicos que llevaron a la ciudad de Lima a mudar tantas veces de ocupantes en tres años.

¿Qué importancia histórica ha tenido la afinidad entre los militares «conservadores» de antiguo arraigo y la población local que buscaba una libertad para su tierra sin los estruendos de la guerra? ¿Y cuál posee el advenimiento al poder de los liberales recién llegados, que desafecta un gran sector de la ciudadanía, que termina pasándose a los patriotas? A lo que se añade una pregunta más, a la que ya aludimos al comenzar estas pá-

ginas: ¿Y no existirá una conexión —más efectiva de lo que se cree— entre esos liberales españoles y los liberales americanos, en virtud de una afiliación a las logias constituidas en ambos bandos? Piénsese que De la Serna y Valdés facilitan —como vimos— el pase de Iriarte a las fuerzas argentinas, y que San Martín en Punchauca hace referencia a la comunidad de todos los liberales. En el tiroteo de injurias y reproches —que acompañaba a las balas—, Olañeta expresa su sospecha en lo que toca a la lealtad al rey de De la Serna y los suyos, y levanta la bandera de la religión contra esos «constitucionales masones». Como respuesta, el propio virrey hace marchar a Valdés contra el rebelde (que lo es por leal al rey) en vez de enviarlo a apoyar a Canterac, que se enfrentaba a Bolívar.

La historiografía oficial —la hispánica y la americana— cubre de improprios al mariscal don Juan Antonio de Olañeta, subrayando sus apetencias económicas, su ambición política y su carácter retrechero, su desobediencia a un virrey de autoridad espúrea (sólo llega a manos de éste el 14 de junio de 1824 la Real Orden de 19 de diciembre de 1823 que reconoce por vicesoberano ¡casi tres años después de Aznapuquio!), y —como lo hace Paz Soldán— lo acusa de traidor a su rey y a su patria^{8 b}. Para Canterac, «la defección de Olañeta es la verdadera causa de la pérdida del Perú», mientras que Bolívar —desde la óptica patriota— sostiene que él «y sus ilustres compañeros son dignos de la gratitud americana», homenaje que el general no acepta.

Sería interesante considerar alguna vez a Olañeta en su función de símbolo de la resistencia del Perú «profundo» tanto al liberalismo constitucional español (irreligioso y masónico) como al liberalismo revolucionario patriota, sin que por ello le sean ajenos algunos móviles autonomistas. Es decir, la expresión bélica, con sus múltiples fallas, de ese «otro modelo» históricamente frustrado de quienes pedían un acuerdo de ambas facciones en lucha y buscaban una fórmula que combinara libertad y tradición. Y al evaluar esa figura desprovista de la simpatía de las generaciones venideras no habría que olvidar que de todos los altos generales que toman parte en la contienda —de uno y otro lado— es el único que encuentra la muerte a causa

^{8b} Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú Independiente, segundo período (1822-1827)*, tomo I, Lima, MDCCCLXX, p. 293.

de una acción de armas. Muerte oscura en los páramos del altiplano que lo lleva, cuando ya no era de este mundo, a ser virrey y capitán general en esas tierras indianas que habían cesado de pertenecer a la Corona de Castilla. ¡El real nombramiento llegó dos veces tarde!

Las cuestiones sugeridas quedan abiertas —y nos hemos adelantado a lo sacontecimientos—, pero la comprensión del motín de Aznapuquio se halla presa en esta malla de interrogaciones, sospechas e incógnitas.

MOTÍN EN TIERRA

El 29 de enero de 1821 los altos jefes realistas exigieron en el cuartel general de Aznapuquio, cerca de Lima, la dimisión del virrey Pezuela. Algunas ausencias notables: Monet, que no se prestaba a intrigas, los criollos La Mar y Llanos... y De la Serna y Lóriga, que habrían de entrar después en acción, en la capital.

De la Serna había llegado a Lima, de paso para la Península, el 29 de noviembre de 1819. Venía de ejercer el mando de las fuerzas en el Alto Perú, donde —pese a su ciencia militar napoleónica— había logrado escasos triunfos frente a los insurgentes, pero sí mostrado poca consideración por el virrey, y mucha independencia frente al mismo. Por causas de salud había suplicado ser relevado de su cargo, al cual había sido nombrado el general Juan Ramírez, el mismo que había asegurado el interinato entre Pezuela y De la Serna, y mientras llegase éste de Quito —donde era presidente—, había quedado encargado del jefe de Estado Mayor de ese ejército don José de Canterac, llamado «el gabacho» en razón del lugar de su nacimiento. Estando De la Serna por partir —nos cuenta Pezuel a en su memoria—, la junta particular secreta del virrey fue de opinión —en diciembre— que lo retuviera y lo encargase del mando militar, a lo que éste accedió. Las noticias del norte y del sur eran malas para los realistas, y el verrey nombra a De la Serna teniente general no sólo para darle graduación superior a la que ostentaban «los dos inútiles generales» que tenía a sus órdenes en Lima, sino también para halagarlo. El agraciado se convertía así en el número dos del virreinato, llamado a suplir al viceroy soberano si éste se viera impedido. A lo largo del año se fueron

reuniendo en la capital algunos de los oficiales que había tenido a sus órdenes en el Alto Perú, como Canterac, Valdés y otros cuyos nombres figuraron en el pasaje de la «Venganza»: Toro, Ferraz, Seoane...

Cuán minada no habría de estar la autoridad de Pezuela, que juró *nolens volens* la Constitución el 15 de setiembre de 1820, siendo criticado por sus subordinados liberales que encontraron deslucido el acto y poco convincente al mandatario, y que instaló la Junta de Guerra que *de jure* o *de facto* recortaba sus facultades en provecho de De la Serna.

Los acontecimientos del 29 de enero de 1821 moverían a risa si no se tratara de un hecho de trascendencia histórica y dramáticamente humano. Ante la perentoria petición de los oficiales en Aznapuquio de que confiara el virreinato a De la Serna, «noble, desinteresado y franco» —al deci rde Garcí aCamba—, pide aquél sus pasajes para Europa y es casi forzado por Pezuela a asumirlo. El depuesto virrey renuncia «voluntariamente» y aun «con placer» —según Valdés—, pues toda aquella trama le convenía (el hombre debía de todos modos partir pronto al retiro) para salvar su fortuna, y es conducido con todos los honores a su casa de campo. En síntesis, «el señor Pezuela aprovechó la coyuntura para salvar su responsabilidad» (Valdés).

¡Cuán diversa es la versión del desposeído! Su dolor e indignación son extremos y duraron toda su vida; en enero de 1825 tuvo que exponer su pobreza al rey para ser socorrido, y las explicaciones dadas en su manifiesto de 1821 son desoídas o discutidas por sus detractores que goza ndel favor oficial. Cuando sus enemigos —olvidados de achaques constitucionales y guardados los mandiles— desempeñaban altos cargos en el reino, habían sido agraciados con títulos nobiliarios y cubiertos de condecoraciones (basta ver los retratos de ellos), fue favorecido Pezuela, en 1830 —poco antes de su muerte—, con el marquesado de Viluma a manera de tardía rehabilitación.

La historiografía oficial no es favorable a Pezuela, y resulta, para España, ser el gran responsable de la pérdida del Perú y Alto Perú. Pero a ratos se encuentran voces disidentes, como la de fray Eduardo Navarro^{oo}, quien muchos años después —en 1897— se preguntaba: «¿Quién ignora que la destitución de Pezuela, virrey del Perú, solicitada y conseguida por las logias, y el nombramiento del desgraciado De la Serna, que con sus me-

didias de persecución a los buenos hijos de España y de desmoralización para el ejército, quebrantó la disciplina de éste y la fuerza y la unión de los defensores de la patria, dando lugar a la tan vergonzosa como funesta batalla de Ayacucho?»

EL VIRREY CONSTITUCIONAL Y LOS SUYOS

Sería grave error pensar que el triunfo del motín de Aznaquiu cimentó la felicidad de un grupo coherente de oficiales. ¡Lejos de eso! Según un informe francés, De la Serna siempre se encontró en la «posición más falsa, y cuando ha querido actuar en el interés de S.M.C. ha encontrado casi siempre obstáculos invencibles. En una circunstancia creyó útil usar de su autoridad, y el general Valdés lo detuvo diciéndole: 'No será usted escuchado... Es verdad que usted es virrey, pero sepa que si nosotros sabemos hacer virreyes también sabemos deponerlos'. Obligado a obedecer al capricho de sus subordinados, De la Serna no ha sido sino un instrumento de quien éstos han sabido servirse a su antojo. Por lo demás es bueno, obsecuente al rey, pero no tiene ni los medios ni sobre todo el carácter que conviene a un jefe de una colonia lejana y en posición desde hace un tiempo incierta»⁹.

De las consideraciones que Valdés guarda a De la Serna y del afecto personal que hubiera podido tenerle tenemos un botón de muestra que nos trae Sepúlveda: Después de la batalla en el campo de Quinua, Valdes es, casi se puede decir, festejado por los vencedores, y va a aposentarse en la ciudad de Ayacucho; se olvida de De la Serna, que también se halla prisionero —y herido— en ella, y sólo después de comer acuerda hacer una visita a su jefe y virrey, a quien —con menos amigos que él— encuentra solo y recluso¹⁰.

La relación entre Canterac y Valdés también está poblada de escollos, aunque el conde de Torata —hijo del segundo— nie-

⁹ Oficio de la Prefectura de la Gironde, Burdeos, 9 de junio de 1825, al ministro de Asuntos Extranjeros francés sobre los pasajeros de la *Ernestine*, en el Archivo del Quai d'Orsay, Perú, correspondencia política, tomo I, fol. 269 y ss.

¹⁰ *Diario del capitán José Sepúlveda, en Conde de Torata, Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, Madrid, 1894, tomo III, 2.ª parte, p. 49.

que que entre ellos haya habido enemistad. El informante francés dice: «Enemigo del general Canterac, el general Valdés vio en él un terrible antagonista que cruzaba sus planes.» Y añade: «fue esta rivalidad que impidió en 1820 la proclamación de la independencia del Perú, que Canterac había estipulado con el general San Martín. Informado de esta circunstancia, Valdés no omitió nada para que ella no siguiese su curso, menos por amor al rey que por el despecho de no haber sido informado. Desde esa época se entendió con Canterac: se cree que existe entre ellos un pacto secreto...». Ello nos lleva a Punchauca (mayo-junio de 1820).

Según la versión de García Camba, San Martín propuso la creación de una regencia que gobernaría independientemente al Perú hasta la llegada de un príncipe español. Tal sugestión contó con el apoyo de Llanos, Galdiano y del comisionado regio Abréu. Canterac, presente también, no habría opinado. El virrey, ante la inesperada propuesta —que excedía el campo de juego que le dejaban sus instrucciones—, tuvo «embarazo para salir de aquella zalagarda», y pidió tiempo para consultar y meditar.

La versión recogida por el francés entre los pasajeros de la «Ernestine» nos dice que Canterac también intervino, y aún más: que estipuló la proclamación de la independencia con San Martín. Quien volvió con la respuesta de los realistas fue Valdés, acompañado por García Camba; desechaba ella la propuesta inicial patriota y sugería otras medidas: una suspensión de las hostilidades y retiro al norte de los independientes, con un eventual viaje conjunto de De la Serna y San Martín a España.

Sobre este segundo acto nos da también noticia el francés, que supone a Valdés resentido por no haber participado en el arreglo (había quedado, por razones de seguridad, al frente del ejército en Aznapuquio) y por ello determinó al virrey a dar marcha atrás. Dejando de lado la posibilidad muy plausible de que estas propuestas y contrapropuestas sean fintas de ambos lados, la motivación psicológica de este proceder de Valdés es teoría harto endeble, y me parece que por allí no han de buscarse las razones de la negativa. Luis León P., bien informado en asuntos masónicos, considera que Valdés, en su calidad de venerable y por ello portavoz de la logia, fue a entrevistarse con San Martín (llevando de paso la contestación del virrey) para resolver la situación creada por las inútiles negociaciones de

Punchauca entre ambos¹¹. Los caminos de Valdés y Canterac se cruzan y separan a menudo.

Dueño del poder, virrey por gracia de un motín, De la Serna tiene que demostrar que lo pasado se componía de errores (que lo obligaron a intervenir) y que lo futuro, en virtud de su propia capacidad política y militar, se vislumbraba lleno de esperanzas para la causa del rey. Tal demostración había de efectuarse por dos vías: la de los hechos y la de las palabras. Para iniciar la primera evacuó Lima en los primeros días de julio de 1821, y se fue con el ejército a la sierra, aunque dejó ocupados los castillos del Callao (que según él huberan debido ser desmantelados). Consecuencia de ello fue la proclamación de la independencia por San Martín el 28 de ese mes en la capital.

La vía de las palabras fue transitada en dos maneras: De la Serna envió una «embajada» a la corte —compuesta de Seoane y del peruano marqués de Valle Umbroso— para explicar su proceder y contrarrestar lo que pudieran decir allá los amigos de Pezuela. Pero también echó mano a la pluma y escribió a los Ministerios correspondientes en Madrid. Buen ejemplo de estas gestiones son los oficios que copiamos como apéndices I y II.

La acción de gobierno no se contrae a los hechos de guerra, sino que ha de aplicar al país las leyes, en este caso las muy liberales dictadas en Madrid. El constitucionalista De la Serna se encuentra perplejo. El ponerlas en vigencia significaría un perjuicio a la causa que él defiende; el dejarlas de lado sería una traición a sus propios principios y una falta de obediencia a las autoridades que él representa. Imaginamos sus vacilaciones y encontrados sentimientos. Acordándose del viejo aforismo perulero de que «las Reales Cédulas se acatan pero no se cumplen», reduce su aplicación a límites aceptables. Pero es necesario —una vez más— explicarlo al gobierno central, de modo que no se dañe su renombre de ciudadano liberal ni su imagen de gobernante y militar eficiente. El oficio número 13, fechado en Cuzco el 20 de setiembre de 1822, es un intento de justificación ante sus superiores, que nos ilustrará sobre la situación que afrontaba De la Serna y los expedientes de los que se valió para superar la problemática en que se hallaba. Lo copiamos en su integridad (apéndice III).

¹¹ Luis León P. *El prócer olvidado*, Lima, 1935, p. 126.

LA BATALLA EN TORNO A AYACUCHO

El genio de Bolívar logró que un Estado cercano a la derrota y a la disolución —el Perú de 1823— se levantara sobre sus ruinas y en menos de un año, el Ejército Unido, gracias al importante contingente colombiano, batiera en Junín a uno de los cuerpos del realista (agosto de 1824). Valdés puso entonces término a su campaña contra Oyañeta en el Alto Perú y se dirigió a integrarse en las demás fuerzas «nacionales» (es decir, españolas). La batalla decisiva se acercaba y ambos bandos se preparaban para afrontar el desenlace. Por las conocidas rivalidades entre Canterac y Valdés, tomó De la Serna personalmente el mando de sus tropas, y nombró jefe de Estado Mayor al primero de éstos. El otro, igual que Monet y Villalobos, hubo de conformarse con una división.

El encuentro se produjo el 9 de diciembre en el campo de Quinua, después de una curiosa y accidentada marcha paralela de los ejércitos en dirección a Huamanga. Según la ponderada opinión de Paz Soldán eran los patriotas 5.780 y los realistas 9.310. Estos se situaron en las alturas del Condorcunca, aquéllos en la llanura.

Mucho en verdad (y en mentira) se ha escrito sobre esta batalla desde el punto de vista militar, por testigos y actores, así como por historiadores de éste y del pasado siglo, contrastando documentos y relatos de uno y otro lado: se ha subrayado la valentía y pugnacidad de ambos contendores —que dejaron un saldo de 3.000 bajas—, la ciencia estratégica de Sucre, el audaz denuedo de Córdoba y su gente, errores en que incurrió el alto mando español, precipitaciones funestas y bienhechoras prudencias... Vicente Lecuna —acucioso y documentado— sopesa y esclarece los diversos movimientos que llevaron al triunfo patriota. No queremos abundar aquí en temas tan conocidos, pero sí hacer referencia a los comentarios en torno a la batalla de Ayacucho —la batalla en torno a la batalla— producidos entre los viajeros de la «Ernestine» (tema sobre el cual volveremos) y que nos reporta nuestro informante francés:

Las tropas.—El general De la Serna estima que el ejército (patriota) se componía de 6-7.000 hombres de buenas tropas al momento de la batalla. Sin embargo, «una relación encontrada

en el equipaje del general Sucre, caído en manos de los realistas algunos días antes, hace ascender el ejército independiente a 12-14.000 hombres».

«Este ejército (del rey) al partir de Cuzco tenía 9.000 hombres de infantería y 1.000 de a caballo, pero con excepción de 800 eran indígenas, del total más de 3.000 desertaron antes del encuentro decisivo.» Estos datos parecen querer invertir la proporción de las fuerzas en lucha, de suerte que los patriotas resultan más numerosos que sus adversarios.

Olañeta.—«El virrey denuncia a Olañeta como la causa principal de su derrota, lo acusa de haber querido hacerse independiente de toda autoridad en la provincia de la cual es gobernador, y que escuda su ambición bajo el velo de su adhesión al rey.» «Olañeta se separa de él so pretexto de no querer reconocer el gobierno de las Cortes, pero cuando llega la noticia de la caída de ese gobierno y la confirmación de su autoridad de virrey por S.M.C. le fue comunicada oficialmente (octubre de 1824) no dejó de persistir en su rebelión.»

«Los oficiales y empleados monarquistas están lejos de partriunfo de Bolívar a otras causas.» «Olañeta se separó del virrey porque conocía la debilidad y perfidia de la mayor parte de sus oficiales. y sin embargo no deja de hacer llegar al Cuzco, sede del gobierno del virrey, todas las contribuciones de las provincias a sus órdenes, e informado de que Bolívar lo había citado como partidario de la independencia, escribe al virrey para ofrecerle su división en calidad de auxiliar. Este ofrecimiento quedó sin respuesta.»

Razones por las que España perdió al Perú.—Según los oficiales absolutistas, «la pérdida del Perú proviene de dos causas principales: la primera es la estancia demasiado prolongada en Lima del ejército real en 1824¹²; si después de la rendición de

¹² Lima, después de la evacuación por La Serna (6 de julio de 1821), fue ocupada por Canterac del 18 de junio al 16 de julio de 1823; y, como consecuencia de la entrega de los castillos de Callao por Moyano a los españoles, en los primeros días de marzo de 1824, por Monet, quien permaneció hasta el 19, dejando a Mateo Ramírez a cargo de la guarnición. «A consecuencia de la traición de Moyano y la consiguiente pérdida de los castillos —dice Paz Soldán— Lima era ocupada alternativamente por

la fortaleza del Callao, en vez de entregarse a toda clase de excesos y desarreglos se hubiesen puesto a perseguir a Bolívar (en mayo) habrían dado el último golpe a la independencia de esta parte de América.» Bolívar, en efecto, se hallaba enfermo en Pativilca, y, como apunta Paz Soldán, no podía ser más lamentable y desconsolador para los patriotas el cuadro que presentaba el Perú: las traiciones, los reveses de la guerra y las discordias aniquilaban hasta la esperanza». No resulta, pues, aventurado pensar que una acción militar vigorosa en ese momento por parte del alto mando español habría sido de extrema gravedad para la Patria.

La otra causa se vincula también a la rendición de las fortalezas del Callao: la traición de Moyano fue seguida por la desertión del Regimiento del Río de la Plata y otros cuerpos acantonados en ese puerto, así como por los batallones de los Granaderos a Caballo de los Andes, que sumaban más de 1.000 hombres aguerridos. Fueron ellos a engrosar las fuerzas del virrey. Dice el informante francés: «La segunda causa es la obstinación de los jefes (españoles) en rehusar los 1.900 soldados y oficiales de los batallones de Buenos Aires que habían abandonado a Bolívar para pasarse a las tropas del rey. Lejos de eso, esos militares fueron enviados sobre costas meridionales a más de 200 leguas del territorio en guerra.»

«A estas dos causas —añade— se juntan dos hechos particulares: la víspera de la batalla de Ayacucho los realistas estaban acampados a tiro de fusil de los independientes. A las once de la noche, en medio de las tinieblas más espesas, los generales dieron la orden de encender los fuegos delante del campo. Ejecutada esta orden, el enemigo se apresura a fusilar a las tropas del rey, y los fuegos no fueron apagados hasta que muchos soldados y oficiales superiores habían sido muertos.» A este insólito incidente, aunque sin darle mayor importancia, alude también Bernardo Escudero, capitán de la división Valdés, al referir que el tiroteo nocturno hizo anegar las hogueras «cuando tanta falta hacían, pues el frío era muy intenso».

partidas del Rey y de los patriotas: el estado de la ciudad era lamentable y expuesto al robo y depredaciones de los ladrones.» El 7 de diciembre entró Bolívar y fue retenido por la población porque «su sola presencia podía dar tranquilidad». Allí recibió el 18 la noticia de Ayacucho.

La actuación de Valdés.—Otro hecho que se comenta a bordo de la «Ernestina» es el siguiente: En la retirada en desorden en la batalla de Ayacucho «el general —Valdés— dio algunos pasos más, echó pie a tierra, y en extremo enardecido dijo: 'No quiero huir, aquí entrego mi espada.' 'No faltaba más que usted abandonara el ejército, se le dijo, aunque sea superior el enemigo, a caballo y pronto.' No podemos decir si por la razón o por temor a la violencia inesperada volvió a montar siguiendo la suerte de sus compañeros en desgracia... El que de nuevo lo obligó a montar fue el coronel Pacheco, que es también su ayudante de campo». Tal es la versión de Escudero, amigo de Valdés¹³.

Oigamos la recogida por el francés: «El general Valdés, que comandaba una división, no tomó parte en la acción; había sólo confiado dos batallones al brigadier Pacheco, su edecán, que se batió como un bravo. Valdés, viendo el lance perdido, dejó su división, que, a excepción de los dos batallones de que se acaba de hablar, no había disparado un tiro de fusil, y se disponía a ir a encontrarse con el general Sucre, cuando su edecán corrió hacia él y le preguntó a dónde iba. 'A capitular', respondió Valdés. 'Infame, repuso Pacheco, póngase de nuevo a la cabeza de su división o le paso mi espada a través del cuerpo.' Valdés obedeció, pero Canterac capituló poco después.»¹⁴

Ante esto dos testimonios concordantes (excepto en el dramatismo) queda uno perplejo, si se tienen en cuenta los epítetos de siempre victorioso, valiente y otros semejantes con que historiadores condecoran al futuro conde de Torata, y surge la pregunta si no caben diversas interpretaciones a tan singular conducta.

EL BARCO DE REGRESO

El 3 de enero de 1825 se hacía a la vela en Quilca la fragata francesa «Ernestine»; su capitán, M. Dugen. Su destino era Burdeos, su ruta la del sur con escala en Río de Janeiro, y la navegación no fue sin incidentes. En ella viajaban de regreso a España el núcleo más representativo de los vencidos en Ayacucho:

¹³ En Torata, ob. cit, tomo III, 2.ª parte, p. 42.

¹⁴ Paz Soldán relata en forma diferente, y menos teatral, el incidente.

De la Serna, Valdés, Ferraz y Santa Cruz, todos ellos compañeros de travesía en la «Venganza» en 1816. A ellos se habían añadido los mariscales Villalobos y Maroto y otros oficiales y civiles, entre los cuales el cirujano Miner, que atendía los quebrantos de salud del taciturno ex virrey.

Como lo fue a bordo de la «Venganza», pronto se vio que el pasaje se dividía en dos grupos, entre los cuales se hallaban los indecisos, medrosos o «nulos» que preferían abstenerse en las discusiones. El informante francés nos da breves bosquejos de los más caracterizados de estos personajes:

De la Serna: «aunque realista, inclinado al gobierno constitucional».

Valdés: «alma negra y cruel», «hombre vicioso y partidario pronunciado de la independencia, que ha combatido al lado realista para lograr hacer fortuna a expensas de todo lo que ha podido sacrificar», «ha levantado contribuciones enormes de ciudades, pueblos y aldeas que se encontraban a su paso, y no ha escatimado ni la prisión ni el fuste para hacerse pagar».

Villalobos: satélite de Valdés y su agente más eficaz; hizo confidencias sobre las intrigas de éste a Maroto; sabido ello por Valdés y los suyos, lo sometieron a tales amenazas que perdió la cabeza.

Landázuri (peruano), Ferraz y Santa Cruz: liberales del partido de Valdés.

Frente a este grupo se halla Maroto, que el contingente llegado en la «Venganza» encontró ya en el Perú al mando del regimiento «Talavera» y de cuyos desmanes nos informa Iriarte en sus memorias. De él y Castelli dice: «robaron, violaron, mataron y hasta los objetos destinados al culto católico los hicieron servir de ludibrio». El francés, en cambio, lo describe así: «excelente monarquieta, devoto de su rey, íntegro, de carácter firme, y puesto siempre de lado por Valdés y sus consortes». No extrañaré, pues, que andando lo saños habría de ser uno de los hombres de confianza de don Carlos de Borbón. Amigos de él eran el antiguo tesorero del virreinato Sánchez Chaves y el inquisidor Anselmo, de la Canal, con algunos otros.

Una anécdota merece ser contada: «Durante el viaje, los españoles que se encontraban en la 'Ernestine' no cesaron, hasta Río de Janeiro, de cantar contra el rey de España, los Borbones

y el gobierno francés¹⁵ las canciones más infames, en lo cual tomaba parte el capitán del buque, el cirujano de a bordo y otros individuos del equipaje. El general Maroto suplicó varias veces al virrey a fin de que interpusiera su autoridad para hacer cesar estos cantos sediciosos. Nada obtuvo. Como algunos de los más encarnizados habían quedado en Río, pensó que tales cantos no sonarían más en sus oídos, mas no fue así. Estando un día en la cámara cuando cantaban, envió al teniente José Roda para imponer silencio a los cantores, y éste fue devuelto con desprecio. Subió entonces Maroto al puente, y en presencia del capitán del buque... impuso silencio a esos energúmenos diciéndoles que haría saltar el cerebro al primero que osara continuar con esos cantos sediciosos. Desde entonces cesaron los cantos... y el estribillo «Mueran los Borbones».

Si en el puente se oían injurias contra la real casa de España, Francia, Nápoles y Parma, en la cámara se murmuraba contra un personaje menos egregio pero más cercano: el «gabacho» José de Canterac. «No cesaban de acusarlo», nos cuenta el francés. En vez de quedarse con el virrey —y Valdés— se había ido con los vencedores al Cuzco, para volver por su cuenta a España. Y he allí que en Río de Janeiro sube a bord de la «Ernestine». Sus detractores «cambiaron de lenguaje y se pusieron de acuerdo con él sobre el informe que habrían de hacer para justificarse». Y arreglado punto tan importante, volvió a tierra para embarcarse en otro bajel, el «Ternaux», también con destino a Burdeos. En él tomó igualmente pasaje don Diego Pacheco, el edecán de Valdés, que de seguro tampoco gustaba de la compañía trasatlántica de su antiguo jefe.

Durante la travesía de la «Ernestine» se tejen o toman cuerpo dos versiones interpretativas de los hechos en el Perú, que corresponden a cada grupo, y que se pueden sintentizar así: Primera tesis: A comienzos de 1821 el virreinato estaba perdido, por la culpable inacción de Pezuela. Hubo de sacrificarse De la Serna y, en vez de partir a la Península, hacerse cargo del mando para reorganizar las defensas de esa parte de la monarquía. De la Serna lo logra plenamente y el triunfo del ejército español está asegurado. Pero surge la traición de Olañeta, coludido con Bolívar; su «criminal conducta» distrae las tropas leales

¹⁵ El gobierno de Carlos X.

en el Alto Perú, y por ello Canterac es vencido en Junín. Cuando el ejército real logra reunirse de nuevo, sale en busca del insurgente, más numeroso que él, y pese al denuedo de los generales d S.M.C. ha de capitular, lo que hace honrosamente. En una palabra: todos decían lo que Canterac escribió al Ministro de Guerra: «Yo no soy en nada responsable de la pérdida del Perú.»¹⁶

Segunda tesis: Pezuela, hombre experimentado y leal a su rey, es depuesto por los liberales que quieren hacerse del mando, sabe Dios con qué fines. En Aznapuquio está la semilla de Ayacucho. Olañeta, fiel al monarca, no quiere aceptar la espuria autoridad de De la Serna, sigue luchando contra los insurgentes y, restaurado el régimen absoluto, obliga a los constitucionales masónicos a jurar lealtad al soberano. Pero ellos prefieren combatir a quien los llamó al orden que a Bolívar, y en Ayacucho, tras una defensa dudosa, se rinden a Sucre.

En ambas tesis hay, evidentemente, puntos débiles, y es natural que el contrario los señale y que cada cual explique y justifique sus propias flaquezas. Pezuela, acusado en Lima de jurar con desgana la Constitución en 1820, es presentado en Madrid como vinculado a la sedición liberal. De la Serna, después de la abolición de aquella Carta y restaurado el absolutismo en el Perú, sostiene —en 1824— que su adhesión al sistema constitucional era fingida (a lo que Olañeta replicó que también habría de serlo su actual sumisión al rey)¹⁷. Curioso —por lo menos para un americano— es que ni uno ni otro sector tenga en cuenta en sus explicaciones la pericia de Sucre, el tesón de Bolívar, el valor de los combatientes patriotas y, en general, el esfuerzo de los independientes para lograr la victoria.

La primera de las tesis citadas ha de triunfar en España; las decisiones del rey absoluto parecen abonarla y los publicistas e historiadores confirmarla. No ha dejado ello de influir en la historiografía hispanoamericana. La otra aflora aquí y allá, como por ejemplo en el Informe —que tenemos a la mano—

¹⁶ En Torata, ob. cit., tomo III, 2.ª parte, p. 85 (Oficio de 20 de agosto de 1825).

¹⁷ Las proclamas de Juan Antonio de Olañeta en enero de 1825 resumirían esta posición: «El ejército del norte ha sido disperso en Quinua-pata (Ayacucho) por una traición propia de los llamados liberales.» «Han capitulado entregando el ejército del Perú, las provincias hasta el Desaguadero, fortalezas del Callao y cuanto les dictó su perfidia.»

que estableció la Prefectura de la Girando a base de las conversaciones de los oficiales españoles a bordo de la «Ernestine». «Con un ejército del cual la mayoría de los jefes eran liberales y se pronunciaban contra el rey, era difícil que el Perú pudiera ser conservado para España.» «No cabe duda que el Perú haya sido entregado por aquellos a quienes se había confiado su guarda.»

Queda así abierta la pregunta: ¿Cuál fue la verdadera significación histórica del grupo de oficiales peninsulares que partió a América en la «Venganza» en 1816 y volvió a Europa en la «Ernestine» en 1825? La respuesta debe de encontrarse a medio camino entre ambas tesis antagónicas, pero sobre ella ha de echar luz el genio, valor y esfuerzo de quienes lucharon contra ellos y dieron libertad a su Patria.